

El lector podrá ver por sí mismo, si está al corriente de nuestra historia patria, que no pocos sucesos son anecdóticos, otros, por la carencia absoluta de noticias, han sido reconstruidos con ayuda de la imaginación; pero aun en este caso, las cifras y pormenores esenciales son rigurosamente exactos.

Este pequeño libro sale á probar fortuna, contando de antemano con las simpatías de los buenos liberales, en particular, y la benévola acogida de los amantes de nuestras glorias nacionales, en general. Si el favor del público lector corresponde á nuestras esperanzas, no será remoto que emprendamos la elaboración de otro volumen de episodios, cuyos datos buscaremos en las mejores fuentes con diligencia y actividad.

En esta empresa, con que modestamente deseamos secundar la patriótica y meritisima labor de los Salado Alvarez, Iglesias Calderón, Frias, Polas, González Obregón, etc., tenemos un solo lema: *Todo por la patria.*

V. D. B.



La Catástrofe de Chalchicomula.

(6 de Marzo de 1862.)

TIO Pascual trabajaba empeñosamente en su destartalado taller de remendón. Ponía suelas nuevas á un par de zapatos viejos que le había llevado el tendero de la esquina. Pocos artesanos, de la estofa del buen tío, permanecen más horas clavados al banco del obrero manejando el martillo, la chaveta, la lezna y la cabuya; era de verse su incomparable tenacidad, para convencerse uno de los prodigios que hace la lucha por la vida.

Es el tío un pobre viejo, veterano de la guerra de la Intervención Francesa, que ostenta como gloriosas preseas de guerra una pierna de palo y una tremenda cicatriz en el carrillo derecho; mantiene con los exiguos rendimientos de su oficio á su mujer y dos hijas, una de éstas corcovada y la otra enclenque y pálida como un difunto.

Pero, á pesar de las fatigas cotidianas, tío Pascual, como le llaman todos, desde el estudiante hasta el aguador, es hombre de vena, su excelente humor es inalterable, y para hacer su elogio en una pluma-bástenos decir que corre fama de cuentista genial y fecundo.

Por supuesto que en esta su especialidad entra el prurito de referir, con no poca satisfacción, sus reales aventuras de soldado. El que entra en su taller—algún nombre hemos de darle—ya puede armarse de resignación para oírle hablar largo y tendido por espacio de un par de horas, entre puntada y puntada, porque eso sí, el tío no suelta la herramienta sino hasta muy entrada la noche.

* * *

—Buenas tardes, tío Pascual, le dije, parándome en el umbral del casucho.

—¡Cómo vamos, hombre! ¿Qué vientos te traen por este rumbo?

—Vengo á saludarle y á pasar un buen rato con usted.

—Pues anda, chico, toma ese banco y siéntate.

Platicamos un rato de todo, de los rigores de la estación, de las últimas fiestas, de la reinante carestía, de naderías. A la

postre llegamos, como teníamos que llegar, á hacer mención de las aventuras del tío, éste sonrió bondadosamente, se acomodó bien en su toscó banco, me dirigió una mirada expresiva y luego inclinó la cabeza pensativo como si tratara de ordenar sus recuerdos que pugnaban por salir en bandada.

Comprendiendo yo que el pobre viejo estaba en su elemento, su lado flaco como él mismo lo confesaba, no quise perder la oportunidad de oír una pintoresca descripción, uno de esos relatos que á la par que deleitan, instruyen. Así que azuzándole y tentándole con mi impaciente curiosidad, le dije: bueno; cuénteme algo de sus tiempos, de sus acciones de guerra.

—¡Huy! exclamó, es cuento de nunca acabar; yo estuve en Acultzingo, en Puebla el 5 de Mayo, en la acción del Borrego y en el sitio de la heroica ciudad de Puebla; allí fué, precisamente, donde coseché este rasguño y donde me amputaron la pierna.

Pero esos combates no me espantaron nunca, ¡qué me habían de espantar! yo me reía de las balas y de los sablazos, y con sólo mi ademán resuelto y mi cara avinagrada hacía correr á tres; lo que sí me espanta y me produce frecuentes pe-

sadillas es la gran desgracia que sufrimos en Chalchicomula, antes de romperse las hostilidades. Eso sí que desgarró el corazón nomás de recordarlo!



Tío Pascual humedeció un pedazo de suela, le dió unos cuantos martillazos, metió la horma en el viejo zapato, y prosiguió, ó mejor dicho, comenzó su relación: Las fuerzas aliadas, una vez signados los preliminares de la Soledad, se establecieron pacíficamente en Córdoba, Orizaba y Tehuacán; nosotros los que formábamos el Ejército de Oriente, mandado por el ilustre Gral. Zaragoza, estábamos acampados en Jalapa, nuestra misión se concretaba á observar los movimientos del enemigo.

De Jalapa se envió la 1ª Brigada de la 3ª División á Chalchicomula, en previsión sin duda de un próximo conflicto. Esa Brigada la formaban tres batallones, el 1º, el 2º y el "Patria" que había enviado, anticipándose á los sucesos, el siempre heroico y patriota Estado de Oaxaca.

No obstante lo clivoso del camino, la marcha se llevó á cabo sin contratiempos ni fatigas. Todos los compañeros se mos-

traban alegres como una pascua florida, ¡qué de palique! ¡qué de chascarrillos!

Las soldaderas, esos parásitos ó ángeles necesarios en todo ejército, con las enaguas de percal á media pierna, un balumbo de cachivaches á cuestras, el rostro sudoroso y congestionado por los ardores del sol, iban diseminadas en los pelotones y contribuían eficazmente á centuplicar la algazara de aquella caravana intrépida. Ya era una que canturreaba salerosa algún airecillo popular del terruño, ya otra que dirigía sus punsantes sátiras á los soldados, lo cierto es que las risotadas se desbordaban como un torrente.

Al pardear la tarde del 6 de marzo de 1862 arribamos contentos á Chalchicomula; allí, á su pié, se levanta majestuoso el Citlaltépetl, de veneranda cabeza nívea, hacia el cual se dirigían nuestras miradas estupefactas. ¡Quién hubiera pensado que minutos más tarde, aquel monumento de los siglos había de ser testigo mudo de una hecatombe formidable, que le recordara sus erupciones de antaño producidas por el ignífero elemento que gruñía furiosamente en sus entrañas de gigante!

Al ocultarse el «rubicundo Febo» como dijo alguien, contemplamos un fenómeno

que no es raro, pero que siempre es aterrador ó bello, pavoroso ó sublime, según sea el estado de ánimo; el ocaso tinto en sangre era présago de un misterio, parece, por lo que pienso, que allí se libraba una gran batalla entre el día que agoniza y la noche que triunfa.

Soplaba viento del sur, desencadenado y furioso, casi un huracán, que tenía amilanados á los pacíficos habitantes.

La campana mayor de la parroquia tocó la oración de la noche. ¡Jamás me pareció haber oído un tañido más lánguido! De veras que invitaba á la oración y al recogimiento de espíritu. Esa voz de bronce nos hacía pensar inconscientemente en lo efímero de la existencia, nos recordaba el cielo, era el toque de atención, el aviso sombrío que no alcanzamos á comprender de que la Parea, como buitre hambriento, se cernía sobre aquel infortunado ejército.

Nos acuartelamos ordenadamente en los dos pisos de la Colecturía y en el patio, protegidos del viento por altos y vetustos muros; en el mismo patio que era muy extenso se depositaron 460 quintales de pólvora, las armas se colocaron en

pabellones, los arrieros se fueron con las acémilas al aguaje, algunos soldados se tiraron en el suelo para descansar y proseguir la charla interrumpida, otros paseaban indiferentes por el recinto, otros recorrían las calles, y los más, agrupados en torno de las fogatas, donde las sufridas soldaderas asaban trozos de res ó recalentaban las provisiones sobrantes del día, se disponían á cenar con el apetito voraz del que ha rendido una jornada de diez horas. ¡Qué pasó entonces! Una cosa soberbiamente espantosa, algo parecido á un cataclismo legendario: el viento, cauteloso y traidor, como si fuese realmente el mejor aliado de los enemigos de la patria en aquella hora, arrebató una chispa que dirigió con segura mano sobre el depósito de pólvora. ¡Un relámpago horrible seguido de una explosión furiosa, fué el resultado trágico del accidente que nadie pudo prever ni imaginar! El retumbo de la catástrofe se fué propagando de roca en roca hasta perderse en los lejanos confines del horizonte.

La Colecturía se vino abajo con estrépito, las casas vecinas se derrumbaron también, las de más allá, cuarteadas y bamboleantes, quedaron amenazando ruinas, una nube inmensa de polvo y humo

envolvió el escenario como si pretendiera ocultar por el momento la intensidad del siniestro.

Los sobrevivientes, vueltos en sí de la conmoción y el estupor, con el rostro desencajado, los ojos salidos casi de sus órbitas, dando alaridos de desesperación, nos precipitamos frenéticamente hacia el centro de lo que fué el patio y la Colecturía, trepamos sobre los escombros y nos ensañamos como héroes en remover todo para sacar á los heridos.

¡Aquello fué el día del juicio! Las quejas angustiosas de los soldados y los ayes lastimeros de las soldaderas moribundas nos partían el alma.

¿Quién habría dejado de sufrir en aquella hora suprema, aunque hubiera sido una fiera? Aquí y allá tropezábamos con masas informes de cuerpos humanos, los piés se nos empapaban de sangre, caliente aún, que corría en abundancia por todas partes. El trabajo fué rudo y de toda la noche y apenas pudimos salvar á unos cuantos, muchos, muchísimos sucumbieron antes de recibir cualquier auxilio. ¡Pobrecitos! De veras que no hay palabras con qué describir suceso tan estupendo!

Al día siguiente, cuando se practicó el recuento de la Brigada, estábamos cabizbajos, llorosos y hechos una verdadera lástima los pocos que quedamos con vida, y en verdad que la cosa no era para menos, dada la gran cifra de los desaparecidos. Murieron 1,042 soldados y 460 soldaderas, muchos de cuyos cuerpos no se pudieron encontrar, y otros resultaron de imposible identificación por las horribles mutilaciones. Salieron heridos, de más ó menos gravedad, 250 soldados y más de 500 habitantes de la población.

Como no era tarea fácil sepultar los despojos de todos, procedimos á la incineración; y como medida preventiva de urgente necesidad, se prendieron fogatas de diez en diez varas, no obstante, los malos olores eran tan persistentes y nauseabundos que por tres ó cuatro días era penoso por no decir imposible el tránsito por las calles.

¡Pobre ejército! haber sucumbido sin gloria, sin los honores del combate, sin haber medido sus armas con los invasores de la amada patria. Muchos valientes al ingresar al ejército dejaron padres, esposa, hijos, bienes y amigos, alentados sólo por

una idea grandiosa: defender palmo á palmo el suelo querido, la honra de la nación y derramar su sangre de patriotas por la cuasa de la libertad. Desgraciadamente tantos anhelos y tanta nobleza de alma quedaron sepultados bajo un montón de escombros.

**

Al comunicar el Cuartel Maestre, Gral. Don Ignacio Mejía, la infausta nueva al valiente pueblo oaxaqueño, por conducto del Gobernador del Estado, la consternación fué profunda, unánime, indescriptible, y el Periódico Oficial haciéndose eco del sentimiento público, dijo: "Esos valientes y decididos soldados, que se batieron mil veces con denuedo, adquiriendo tantas glorias en la muralla que defendió y sostuvo al gobierno constitucional en la plaza heroica de Veracruz; los vencedores del 16 de Enero, de Jalatlaco, de México y Pachuca, han perecido víctimas de una explosión tremenda, al frente de los ejércitos extranjeros, cumpliendo con el deber más sagrado, sosteniendo la independencia y el derecho de la patria. ¡Sacrificio sublime! ¡grandiosa hecatombe que hará eco en todos los ámbitos de la tierra, que conmoverá de dolor todos los corazones, que

formará una época de eternos recuerdos en la historia del pueblo oaxaqueño!"

**

Si esto que acabo de referirte, agregó tío Pascual, limpiándose con el puño de la camisa el sudor de la frente y dos lagrimones que furtivamente se deslizaban por el tostado rostro, no es para enternecer á los hijos de México, ni tema suficientemente adecuado para un canto vibrante y heroico de nuestros poetas, entonces..... ¡que se eche un puñado de tierra sobre la gratitud nacional y que se rompan las liras de nuestros bardos!

El tío tiene razón. Debemos ser justicieros con nuestros héroes sin nombre, con esa multitud de valientes que yace relegada en el panteón del olvido.

Protesta del Cabildo de Guadalajara.

(13 de Mayo de 1862.)

La intervención extranjera en los asuntos políticos de México, por más que se le hiciese aparecer exornada con los deslumbrantes oropeles y especiosas sutilezas de la diplomacia europea, y como tentativa amistosa para restablecer el orden y regenerar el país—orden y regeneración bien establecidos ya con el triunfo definitivo de la Constitución de 57—era objeto de indignación profunda en todas partes, excepto en los ánimos de unos cuantos retrógrados y traidores, excesivamente obcecados, que, no pudiendo vencer en franca lid al partido liberal, vieron en las balloquetas extranjeras el único medio de hacer triunfar sus torpes proyectos.

El desprecio y la indignación subieron de punto cuando se propaló ruidosamente de un confín á otro de la República la escandalosa violación de los Tratados de la Soledad, que llevaba consigo todas las agravantes de la impudencia y la malicia; y

al patriótico llamamiento lanzado á la nación por los legítimos representantes de la misma, para repelar la agresión injusta y defender la amenazada independencia, gran número de ciudadanos se dispuso á empuñar las armas y verter su sangre, antes que ver profanados sus hogares y sentir el látigo ignominioso del opresor.

La invasión se presentaba tan mal encubierta y con tan ampulosa arrogancia, que muchos jefes reaccionarios, antes en pugna abierta con los constitucionalistas, se adhirieron resueltamente al gobierno del Sr. Juárez y se aprestaron á la tenaz contienda, sin otro aliciente que el cumplimiento del deber y la salvación de la patria.

El hecho de deponer viejas diferencias y hondos enconos á la vista del peligro común, teniendo en cuenta aquellos nobles adalides que antes que católicos eran mexicanos y antes que reaccionarios patriotas, es ejemplo digno de rememorarse, por la enseñanza que reporta á las generaciones actuales y futuras, cualesquiera que sean los prejuicios y tendencias de los partidos.

Ante el peligro inminente no debe haber más que un partido: *el de la defensa nacional.*

Los momentos de mayor angustia habían pasado ya y el entusiasmo y las energías se redoblaban con insólita espontaneidad. Se sabía por experiencia que los famosos soldados de Solferino y Crimea no eran invencibles, ni menos invulnerables, y que los hijos de México, aunque bisoños en el arte de la guerra, con perseverancia y civismo podrían rechazar al codicioso invasor y conservar intacto el legado cada vez más inapreciable de la soberanía nacional.

El triunfo de las Luestes republicanas en los suburbios de Puebla, el 5 de Mayo, se propagó rápida y gloriosamente por todo el país; era el mensaje de la buena nueva, el anuncio profético de la final victoria. La fe surgió más segura que nunca, el espíritu público se reanimó intensamente y el triunfo y la reivindicación se erigieron en única divisa.

Aun algunos clérigos, por más que se creyeran despojados de los bienes de la Iglesia y vejados en sus más altos intereses espirituales, se sintieron enternecidos con el triunfo, casi increíble, y hasta orgullosos con el nombre de mexicanos. No sólo se alegraron interiormente por el descalabro de los franceses, sino que algunos, á riesgo

de ser efectivamente vejados y destituidos por la Iglesia, hicieron públicos sus sentimientos patrióticos y tomaron parte activa en la propaganda de la causa nacional, que era la causa del honor, de la justicia y la libertad.

No era extraño, en consecuencia, que durante la encarnizada lucha, mientras unos frailes disponían los arcos de triunfo, banquetes, *Tedéums* y empalagosos ditirambos para agasajar al invasor, otros protestaban en hojas volantes y se confundían con los republicanos para predicarles la religión del patriotismo.

Estos intrépidos fueron pocos, poquísimos, no importa, de todos modos hay que reconocer que aun en la misma Iglesia repercutió el eco de la libertad y que entre sus oficiantes tuvieron émulos exaltados los Hidalgos, los Matamoros y los Morelos.

A raíz de la memorable victoria de Zaragoza, el Cabildo de Guadalajara en que figuraba de modo prominente por su ilustración y talento, y más todavía por sus ideas liberales, el Canónigo Don José Luis Verdía, se reunió para deliberar sobre la situación y llegar á un acuerdo que fijase bien su modo de pensar y obrar.

El canónigo Verdía expuso en luminosos razonamientos y correctísima dicción lo atentatorio y absurdo de la intervención francesa en los asuntos políticos de México y lo indigno de que algunos mexicanos se adhiriesen al opresor, precisamente cuando más se requería el concurso patriótico de todos los ciudadanos, para poner á salvo el honor de la patria. .

Hagamos abstracción, decía, de nuestros prejuicios y conveniencias, de los disturbios de ayer y las exageraciones de los demagogos, para fijarnos en puntos concretos de la más alta importancia. La independencia que realizamos á costa de ímprobos sacrificios, de prolongadas vigili-
lias y de la vida de nuestros padres, está en peligro; unámonos, pues, nuestras fuerzas para conjurar la tormenta y protestemos con todas nuestras energías de mexicanos. La nación tiene, pese á la civilizada Europa, el derecho inalienable de darse el gobierno que convenga á sus intereses. Francia, lo mismo que cualquiera otra potencia, nada tiene que hacer en México, ni nada que ver en nuestro régimen interior.

Propongo, por tanto, que protestemos contra la notoria injusticia de la invasión francesa y que remitamos una copia de

nuestras resoluciones al Supremo Tribunal de Justicia del Estado.

—Me adhiero en todo al luminoso pensamiento del reverendo Verdía, dijo entusiasmado el canónigo Gordo.

—Dispense, hermano, ¿qué quiere decir *inalienable*? preguntó á media voz el canónigo septuagenario Don Luis Padilla á su compañero el Dr. Díaz García.

—Quiere decir, respondió éste, que *no se puede enajenar*.

—¡Ah!....pues yo también apruebo la idea.

Una vez expuesto el parecer de todos, se procedió á redactar la protesta, cuyas principales cláusulas, que deben ser conocidas, son las siguientes: “Nuestra independencia nacional que conquistaron nuestros padres á costa de tantos sacrificios heroicos, la integridad del territorio nacional, el derecho precioso é inalienable que asiste incuestionablemente á la nación para establecer la forma de Gobierno que convenga mejor á sus intereses; en suma, todas las prerrogativas inherentes á la soberanía de un pueblo libre y civilizado, son bienes inestimables que este Cabildo eclesiástico aprecia, como el que más, en su justo valor, y nunca verá con indiferencia que sean atacados ó

menoscabados por las fuerzas francesas ni por las de ninguna otra nación extranjera. Hoy, pues, que aquellos intereses peligran con motivo de la intervención francesa en los asuntos políticos de la República, esta Corporación no duda levantar, como lo ha hecho siempre, su humilde voz para protestar á la faz de todo el mundo civilizado, contra la notoria injusticia de los atentados que tienden á privarla de sus derechos imprescriptibles.....Dios Nuestro Señor guarde á Ud. muchos años.—Sala Capitulár de esta Iglesia Catedral, Guadalajara, Mayo 13 de 1862.—Juan N. Camacho.—J. M. Refugio Gordoá.—José Luis Verdía.

Al C. Lic. Jesús Camarena, Presidente del Supremo Tribunal de Justicia del Estado.—Presente.”

Los derechos de México en la prolongada guerra de la Intervención y el Imperio —tal como se afirma en la viril protesta— fueron tan justos, tan indiscutiblemente elevados, que hoy día, á pesar de las nostálgicas remembranzas de imperialistas y afrancesados, estamos palpando sus trascendentes efectos y cosechando sus frutos opimos, frutos acumulados en haces de paz, civilización, solidaridad y progreso.

El Guerrillero Honorato Domínguez.

(14 de Junio de 1862.)

El mismo día de la acción del Borrego en que una porción considerable del Ejército de Oriente era sorprendida y batida por el ejército invasor, otro hecho de armas, de menos proporciones pero de gran significación para la causa de la República, tenía lugar en cierto punto del camino de Veracruz.

El protagonista de este episodio, digno de los gloriosos hijos de Esparta, fué el guerrillero Honorato Domínguez, quien por su temeraria osadía y espléndido triunfo se hizo merecedor de felicitaciones efusivas del presidente Don Benito Juárez.

Era Domínguez un hombre de regular estatura, fornido, de mirada aquilina, de resoluciones intrépidas y de un valor que rayaba en lo maravilloso.

Al romperse las hostilidades en la primavera de 1862 el primer pensamiento de Domínguez fué, siguiendo el ejemplo de innumerables patriotas, poner su brazo y